

ÍNDICE

Nota del autor	11
NIÑEZ	17
1. Exilio.....	21
2. Deutsche Schule	25
3. Primera comunión	43
4. Vía Layetana	49
5. El Laberinto.....	57
6. Masnou	97
7. Calle Aragón.....	105
8. Mejía Lequerica.....	109
ADOLESCENCIA	113
1. Quinto curso. Crisis	119
2. La buena fe.....	135
3. Fervor religioso.....	147
4. Un divorcio en la familia.....	155
5. Primeras lecturas.....	157
6. Viladellops	161
7. La colonia veraniega.....	175
8. Tu accésit	179
9. Dinero, religión, política.....	181
10. Todo en orden	183
11. Patrimonio.....	185

12. Tu dualidad	189
13. Manresa. Inesperado	193
14. Tablón de anuncios	197
15. Universidad.....	199
16. Cuesta arriba.....	201
17. La política	203
18. La nueva facultad.....	207
19. CD Universitario	211
20. Tu fidelidad	215
21. ¿Y los fervores místicos?.....	217
22. La Cartuja	221
23. Primer amor.....	225
JUVENTUD	229
1. La tierra.....	235
2. Haciendo sociedad	239
3. Sobre ruedas.....	243
4. Comienzan los sudores.....	245
5. Asalariado	247
6. Un intento	251
7. Farmacéutico.....	253
8. Empresario	255
9. Escritor	259
MADUREZ	261
1. Viajero.....	269
2. La Cerdaña.....	279
3. Tu boda.....	283
4. El compromiso	289
5. Los obstáculos	293
6. El arte.....	299
7. Una constante	303

8. La espiral sin fin.....	309
9. Agricultor.....	315
10. Las pandemias. Coronavirus.....	321
11. El sobre lacrado.....	325

NOTA DEL AUTOR

Sentado en tu sillón preferido, junto al aparato de televisión, la mirada distraída, recorres los diversos muebles distribuidos por la sala de estar. Está atardeciendo. Hoy ha sido un día como ayer y como antes de ayer. Nada de particular. Piensas qué vas a hacer mañana, aunque no tienes ninguna actividad que te entusiasme. Tu mirada perdida da vueltas, una y otra vez, sin detenerse en ningún rincón en particular.

Ves la cómoda heredada de tus antepasados, la primorosa marquetería, en cuya parte superior hay un cajón, normalmente cerrado con una llave que tú guardas cuidadosamente. Hoy día ya no se hacen muebles como este, la miras con recelo, también con pereza. La miras cada día, pasas por su lado continuamente pero ahora, de pronto y sin causa alguna, tu mirada tiene un carácter diferente. Hace tiempo que no hurgas en su interior, no te apetece remover en el pasado que sabes que contiene.

Por fin decides abrirlo. Tienes tiempo por delante y la curiosidad suficiente para desempolvar lo que este cajón de sastre representa y vencer así la rutina que tantas veces te ha disuadido. Vuelcas su contenido sobre la mesa del comedor, sin orden, sin considerar lo que te va a deparar. Quedas sorprendido de lo que pueden dar de sí estos ochenta años que llevas a cuestas. Te van apareciendo papeles, fotos, cartas, postales, un llavero, un misal, una enigmática cinta que vete a saber de dónde viene. Lápices, bolígrafos, papel celo, una carpeta pequeña con una enseña que el tiempo ha casi borrado con la goma elástica que acartonada se rompe al tacto. Ves fechas mezcladas: de cuando tenías veintipico años haciendo la mili con tu uniforme, ¿se llama de gala? Te detienes en la

que apareces vestido de marinero, cuando hiciste la primera comunión; traje blanco con manga corta que odias, de chaqué y con sombrero de copa en la mano derecha el día de tu boda. En aquel momento no lo veías tan ridículo como ahora. En traje de baño elástico a tus ¿siete? años en la playa de Masnou, con tus amigos y amigas en una excursión a Viladellops, en tu primer seiscientos, gris, matrícula B 343125, del reciente MG deportivo de dos plazas, verde, descapotable, con el top negro que acoplas en los meses de invierno, el capricho que descubriste en el aeropuerto de Orly en un viaje de negocios. El desorden y esos papeles se van convirtiendo en chispas que, revoloteando alrededor de tu cerebro, te agitan el pasado.

Vas pasando con desgana el recorrido que estas fotos y todos estos objetos te plantean, pero poco a poco vas asombrándote del camino recorrido por tu existencia. Todo se te viene encima y te aturde. Los hechos vividos, las cosas temidas, las ilusiones perdidas, las satisfacciones alcanzadas, los objetivos perseguidos, las emociones insondables, los sentimientos olvidados, las inseguridades ocultas. No has sido consciente de lo que representaba abrir esta caja de Pandora. Las fotos, los objetos, se van convirtiendo en recuerdos y estos, cada vez más vivos, en vivencias, algunas olvidadas, otras irreconocibles, muchas presentes. Revuelves con cuidado el montón de recuerdos acumulados. Acariciando una fotografía arrugada, una como tantas otras, te sientas en una silla cercana y, con la mirada perdida, piensas en la posibilidad de poner orden a este batiburrillo que es tanto como clasificar tu vida y dar sentido a tu existencia. No estás convencido de emprender la tarea, no sabes si es mejor dejar las cosas tal cual están. No quieres hacer un ejercicio nostálgico, no estás seguro de querer recuperar un bien perdido, pero las preguntas se acumulan y alguna foto te pide respuesta, aunque sabes que la nostalgia rezumará en más de una ocasión.

Sabes que los recuerdos son más fuertes que los hechos vividos. Tienes la sensación de pretender proyectar el pasado sobre tu futuro incierto cuando la proximidad de la muerte te acorta la posibilidad de realizar los sueños que nunca alcanzarás. Eres consciente de que a través de este intento no vas

a encontrar respuestas definitivas a tus sempiternas preguntas. Quién eres solo lo sabrás cuando ya no seas y adónde vas solo lo sabrás cuando llegues. Son preguntas que se repiten a lo largo del manoseo de los recuerdos.

La curiosidad y rebobinar algunas épocas de tu vida te deciden a emprender el vuelo para vislumbrar lo que ha sido tu existencia. Temes que la trayectoria será tan dispersa como puedan estarlo los papeles esparcidos por la mesa del comedor, pero el conjunto te explicará tu situación actual. No será fácil porque el juicio que hoy puedes tener sobre los hechos de hace setenta años no será el mismo del que tenías cuando ocurrieron.

Observas la foto en la que apareces con unos amigos que a duras penas reconoces; recuerdas la amistad que unía a este grupo y reflexionas ante la indiferencia en la actualidad. Los niños no enjuician, simplemente observan y actúan. Es la adolescencia la época que nos enseña a opinar, a criticar, a diferenciar, a complicar, que nos lleva a una juventud repleta de preguntas y de desorientación. Es el adulto el que reconstruye con los elementos adquiridos, y más tarde, ya en la tercera edad, la cuarta o vete a saber cuál de ellas, es cuando reflexionamos y filosofamos. Es en esta etapa cuando has podido percibir el poco valor de la palabra en boca de muchos de los que ahora están pasando por tus manos, palabras que tú creías que respondían a referencias personales y que, en ocasiones, no son más que la fachada de esta careta que todos llevamos puesta. La mirada te entristece, quizás sea porque la experiencia desgasta. Digamos que es ley de vida. De pronto ves claro que, cuando eres joven, no tienes deberes que cumplir de cara al futuro y que, ahora que tienes una edad, te martirizas porque tienes un deber con el pasado. Un pasado que no tiene vuelta atrás.

El cajón, a tu edad, ya se ha convertido en un baúl. Reconoces algunas prendas propias y otras que parecen prestadas. Al tomar alguna de ellas, arrastra otras desconocidas, olvidadas. Es como coger cerezas de un cesto, unas llevan a las otras. Por eso no tiene sentido intentar poner en orden los recuerdos porque están mezclados, y uno de tus trece años influencia a

otro de tus sesenta. Y tus ochenta años interpretan tus quince de manera diferente a lo que ocurrió entonces. Tu mente actual recubre el contenido de todo el pasado con un tinte que modifica ¿quizás? los hechos que intentas poner sobre la mesa, que tienen un orden temporal, pero sus consecuencias se mezclan unas con otras, de manera que solo se pueden analizar con el paso del tiempo. Es difícil separar los efectos de las causas que los provocan, los perfiles se confunden. La película que visionas a tus ochenta años es diferente de las diferentes escenas representadas. El protagonista también ha cambiado, aunque en los títulos de crédito de la película que estás viendo aparece un solo nombre.

El tiempo ha separado a los dos, de manera que la mirada del autor se ha vuelto reflexiva y crítica respecto a la práctica vivida por el protagonista. Ambas visiones llegan en algunos casos a ser independientes la una de la otra.

El protagonista puede reprocharle al autor la ficción en la que ha caído su relato. El autor reclama al protagonista su falta de perspectiva a lo largo de su peripecia vital.

El tuteo entre ellos dos permite un diálogo que marca el recorrido de unas consideraciones de orden general, que se pueden reconocer en cualquier persona que tenga la intención o el valor suficiente para analizarlas.

Descargas la pesada mochila que llevas a cuestas y de ahí saldrán, desordenados, los hechos, los dichos, los proyectos, las frustraciones, las alegrías, la pereza, el esfuerzo, los logros, las penalidades, las amistades, las enemistades, el perdón, el resquemor, la niñez, la adolescencia, la madurez, la decadencia, la superación, la tenacidad, los vicios y las virtudes.

Cargarás de nuevo la mochila y seguirás soportándola mientras vivas, pero con una nueva puesta a punto en tus consideraciones personales. Desafiando tus convicciones juveniles, la última parte de la vida no está exenta del encuentro con antiguas presencias, intactas o erosionadas por el paso del tiempo, con la ventaja de una mayor serenidad en el juicio impetuoso de los primeros tiempos y la desventaja de una menor frescura de las iniciativas.

Cuando intentas revivir algunos hechos y darles sentido, te frotas los ojos y piensas que no es posible que seas el mismo que vivió aquello. No quieres hablar de añoranza, pero en ocasiones vuelve a asomar la presencia de los hechos y de las personas, y es entonces cuando no puedes evitar que aflore en tu interior ese atisbo de emoción que certifica la autenticidad de tu presencia.

Este cajón es donde guardas los recuerdos más antiguos que te pueden haber impactado de manera más contundente. Forman parte de tu existencia. Los otros, los más cercanos, los llevas a cuestas; están presentes y no necesitas llave alguna para reconocerlos. Es la mochila de la vida que, de una forma u otra, sigue marcando el presente. Los recuerdos del cajón son los que han configurado tu personalidad, los que han impregnado tu médula, los que dan medida a tu forma de ser. La ciencia actual nos ilumina y nos dice que nuestras células guardan en su interior unos cromosomas y unos genes sobre los que actúa el entorno. De esta manera, se crea un juego de influencias mutuas que nos enseña a no dar por definitivas, ni nuestra personalidad original que no podemos descifrar, ni despreciar nuestro entorno.

El avión en el que emprendes el vuelo tomará diversas alturas y dependerá de las condiciones atmosféricas el que puedas reconocer con mayor o menor precisión los hechos que acontecen en tierra y que estás intentando valorar. Ahora los ves así, pero ¿fue así como realmente ocurrieron? y ¿acaso tuvieron la misma resonancia que hoy les adjudicas?

Barcelona, septiembre de 2020

Siete de abril de 2020. Hoy es tu octogésimo cuarto aniversario. Un cúmulo de años. El recorrido ha sido largo; lo interesante de la vida es que sabes con precisión cuándo empieza la marcha y conoces, no con la misma exactitud, pero sí con la suficiente memoria, los hitos que han ido jalonando el recorrido. Pero, ¡ah!, la meta es un escondite que no aparece de ninguna manera. Por fortuna, nunca sabemos qué te vas a encontrar a la vuelta de la esquina. Vivimos, también por suerte, sin preocuparnos del kilometraje a recorrer. Siempre el pasado y el futuro y tú, con tus dos manos, tirando de uno y de otro.

La última sorpresa ha consistido en el confinamiento al que estás sometido como consecuencia de la aparición de un virus que se ha colado por todos los rincones de todos los países y de todos los individuos. ¿Cómo es posible que una simple proteína, cuatro aminoácidos mal combinados, pueda dar al traste con tantos proyectos realizados y tantas previsiones por venir? Ya llevas dos meses recorriendo la terraza arriba y abajo para intentar mantener esa buena forma que dicen que no se debe perder, esperando que te digan cuándo dejarás de desgastar los ladrillos de la terraza y las suelas de tus zapatos.

Para vencer este obstáculo, tu hija Victoria os ha convencido para armaros de valor y, a través de este diabólico ingenio que es el ordenador, poner os en contacto visual con ella y con vuestros nietos, Joaco y Constanza. Después de navegar por los intrincados laberintos de las ininteligibles tarjetas, habéis conseguido tener un par de satisfactorias sesiones y superar vuestra comunicación telefónica, que se ha prolongado una hora. Al salir de la pantalla, después te planteas cuál es la

relación que guardas con tus nietos y cuál crees que debe ser la conexión de ellos con sus abuelos; y para comprenderlo mejor, te encaramas a tus recién cumplidos años superando el vértigo que te produce la visión desde tan alta perspectiva.

¿Qué visión tuviste durante la niñez de tus abuelos? Por desgracia solo pudiste disfrutar de la presencia de dos de ellos. Tu abuela materna, Margarita, falleció recién acabada la guerra como consecuencia de las privaciones sufridas. A tu abuelo paterno, Luis, no llegaste a conocerle habiendo fallecido antes de cumplir los cuarenta años. De tu abuelo materno guardas una difusa memoria, cuando murió tú andabas por los doce años. Solo con la abuela Carmen has podido convivir durante años, acompañándola en su lecho de muerte, en el verano de 1972, en El Laberinto.

Viene esta consideración a cuento de que, durante nuestra niñez, como también a lo largo de nuestras vidas, la visión del abuelo o de nuestros compañeros de viaje está filtrada por nuestros propios intereses. Y que la tierna inclinación del abuelo hacia los nietos raramente se ve correspondida con la misma intensidad. Tienes la convicción de que, a medida que nos desarrollamos, vamos comprendiendo el valor de las personas que nos rodean. Tú has podido comprobar que el cariño inicial del niño se va convirtiendo en algo más amplio como es la comprensión y el respeto. No se lo puedes pedir a un sujeto durante la niñez. Sí que se debe adquirir a lo largo de la vida.

EXILIO

Tus recuerdos más tempranos, ¿son reales, imaginarios o te los han explicado y los has asumido como propios? Quizás son breves destellos que surgen inconexos sin razón alguna que los justifique. Te parece recordar, piensas que recuerdas. Una cosa es escribir sobre tus múltiples experiencias vividas conscientemente y reconstruidas al poco de ser experimentadas y otra explorar tu mente infantil en la frontera de tu memoria. La línea se quiebra, la neblina te invade. Pero hay algún caso, muy pocos, en los que el recuerdo te genera una imperceptible emoción que puede darte garantías de certeza. Y, a medida que intentas profundizar, la certeza se debilita y, sin embargo, tu persona se identifica en la incerteza. Por eso, no dudas en considerar como real la canción que tu madre te susurra en la cuna, por muy lejana que la sientas. Tiene que ser en San Sebastián porque te habla de la vuelta de tu padre que está en el frente. No llegas a los cuatro años. Más tarde, concluida la guerra, ya estáis de vuelta en Barcelona, tu padre ya ha vuelto.

¿Qué unos calcetines azul pálido permanecen en tu memoria más remota cuando sales de una iglesia en San Sebastián con una escalinata por delante? Después te han dicho que la escalinata corresponde a la iglesia de San Ignacio, vecina a vuestra vivienda. ¿Por qué un detalle tan insignificante permanece en el cerebro por encima de otros acontecimientos mucho más relevantes?

Sí, te parece recordar a tu hermano Luis, de siete años de edad, y a tu primo Juan José, de nueve, con el uniforme de “Renovación Española”, boina roja, fusil de madera, una organización paramilitar monárquica que más tarde será asimilada

a la Falange perdiendo su voluntad original. Ellos dos van los domingos a misa, a la parroquia del Buen Pastor, donde asisten representaciones de Renovación Española, Requetés y Falange, tres organizaciones de reciente creación que corresponden a tres versiones políticas diferentes con un nexo común: una cierta idea de España, diferente, cuando no opuesta a la del bando enfrentado.

Nacido en 1936, en el mes de abril, la guerra comienza en julio, menos de cuatro meses después de tu nacimiento. Tu madre logra, no sabes cómo, salir de Barcelona en barco rumbo a Marsella con sus tres hijos de cinco y tres años y cuatro meses de edad. Tus hermanos y tus tres primos duermen en el suelo del camarote. Tu madre ha conseguido una litera donde descansar contigo en brazos. Tu tía Pilar ocupa la otra litera del camarote. No sabes de la huida de tu abuela ni de tus tías, Carmen y Maruja, que según parece viajan en el mismo barco, aunque tiene que ser imposible que sea en el mismo camarote.

Viaje por mar a Marsella. Un primo de tu madre os espera en el muelle con una preciosa caja de bombones. ¡Bombones, y para qué quería yo bombones! dirá tu madre años más tarde, ¡lo que necesitábamos era unos buenos bistecs de carne! De Marsella a San Sebastián, instalados en el barrio de Gros, habitado por muchos catalanes exiliados, viviendo en el mismo piso con la abuela y tía Pilar con sus tres hijos. La abuela y tus tías llegaron al mismo destino pasando por Génova y por Lausana.

Ningún recuerdo de convivencia en San Sebastián, aunque sí sabes que en el mismo piso vivíais tu familia, tus primos, la abuela y tus dos tías. Un total de once personas apiñadas en las habitaciones y los pasillos, en una pared clavado con chinchetas, un mapa de España con una serie de ciudades señaladas y unidas por un cordel que va reflejando el movimiento de las tropas nacionales. ¿De qué vivís? No lo sabes. Solo te ha quedado la foto, la única, guardada en tu álbum, de tu padre vestido con el uniforme de capitán del arma de

caballería en un día que disfrutaba de un permiso durante su paso por el frente de Andalucía. Ni una anécdota del frente, de la campaña vivida, de sus angustias, de sus compañeros, ni una carta familiar. Todo se lo ha llevado el viento, solo queda la imagen grabada a través de las historias de guerra, de las películas, pero te ha faltado la vivencia, lo más importante.

Cuando has llegado a una edad en la que tienes una clara tendencia a mirar hacia atrás, te planteas muchas cosas que no abordabas cuando estabas en plenitud de facultades. Ha pasado el tiempo suficiente para ver con perspectiva los hechos que te han marcado de forma relevante y que llevas impregnados. La vejez es la edad de los balances, de los resúmenes, de los retrovisores, por mucho que uno intente desprenderse de añoranzas y del qué pasó y qué hubiera podido pasar si lo que ocurrió hace veinte o cincuenta años se ha rebozado con una capa de tiempo, de hechos, de recuerdos, de influencias, de relaciones de tal magnitud que, no estás seguro de que la visión que puedas tener hoy se corresponde al hecho tal como sucedió en su día. En muchas ocasiones tienes que recurrir al apoyo de terceras personas que te explican aquellos hechos cubiertos por la niebla del recuerdo.

No puedes recomponer los acontecimientos ocurridos en los primeros años cuarenta del siglo pasado, y menos todavía, los de los primeros años desde que llegaste al mundo en 1936. Por eso te causa un gran impacto cuando tu prima, diez años mayor, te explica que recuerda perfectamente el día que, en la terraza de El Laberinto, llegó agitado tío Tristán, y casi a voz en grito dijo: “Han asesinado a Calvo Sotelo”.

¿Qué hubiera pasado sin un hecho como este? ¿Qué hubiera sido de ti si un año más tarde no hubieran asesinado a tu padrino, a tu tío Manuel? Estamos influenciados por los acontecimientos. Y, a partir de estos hechos, se desencadenan en el país y en tu familia unos planteamientos políticos, religiosos, culturales que influirán de manera más o menos definitiva en tu personalidad. Es inútil intentar recomponer los supuestos, pero es imposible cerrar las posibilidades que plantea la imaginación.

Vivimos envueltos en la turbulencia de los hechos, de las ideologías, de las organizaciones, de los dirigentes que mueven los hilos, ajenos a nuestra voluntad, de las influencias familiares, de los intereses. Cada individuo sufre este envoltorio que nunca es el mismo cuando se adhiere a las diferentes emociones que influyen desde el interior.

Muchas chispas saltaron en poco tiempo y nadie supo apagarlas: el fuego se extinguió cuando la fuerza impuso su verdad. El tiempo abrevia la llama, pero el rescoldo permanece. Cualquier soplo de viento puede reabrir las heridas si no se tiene la cordura suficiente. Cuando la pasión se transforma en perturbación del ánimo, los seres humanos se transforman, incapaces de transmitir serenidad y razón y los sentimientos en saetas dispuestas a herir al pensamiento ajeno.

El fin de la guerra supuso la vuelta a Barcelona y la conclusión de tres años de penoso exilio. Instalados de nuevo en la Vía Layetana, tu familia recobró la estabilidad perdida, no todos pudieron sentir lo mismo. Pero, por muy cínico que suene, ya se sabe: si unos ganan, los otros pierden. La pregunta es eterna: ¿cuándo se dejará de ganar y de perder?

Te preguntas cuáles eran tus emociones de aquellos años vividos en San Sebastián; los sentimientos provocados por un hecho determinado cambian con la edad. Los niños de corta edad tienen una enorme capacidad de adaptación, a los ochenta años, aquellos mismos hechos se viven mezclados con la tremenda visión de los miles de refugiados que invaden los países europeos. Te parece irreal que tú y tu familia podáis haber sido protagonistas de una de esas tristes historias de exilio.

© del texto: Carlos Desvalls Maristany, 2021
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2021
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: diciembre de 2021
ISBN: 978-84-9743-946-6
DL 782-2021
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.